DOS CARTAS INEDITAS DE GABRIELA MISTRAL A LYDIA CABRERA *

POR

ONILDA A. JIMENEZ

Jersey City of College

Teresa de la Parra fue el eslabón que unió a Gabriela Mistral y a Lydia Cabrera. La chilena y la cubana se conocieron en Barcelona en 1935, cuando Teresa regresaba de una larga estancia en el sanatorio de Leysin, en Suiza. Gabriela había cultivado su amistad en la época en que Teresa adornaba con su belleza, su elegancia y su encanto las tertulias literarias de la numerosa colonia hispanoamericana de París:

Tan hermosa era la venezolana que su belleza hacía olvidar su rango literario dejando a las gentes en el puro disfrute de una criatura lograda a toda maestría corporal. Mirándola se daba las gracias por ella al artesano o ángel de la raza ¹.

En Barcelona se encontró una segunda Teresa, aniquilada físicamente por la tuberculosis, pero estoica y entera ante la certeza de su destino.

En los meses siguientes al encuentro en Cataluña, Gabriela visitaba a menudo el apartamento de su amiga venezolana en Madrid, en la calle Mario Roso de Luna, el cual, según Lydia, era un desván que había ocupado antes Pablo Neruda y que encontraron lleno de botellas. Muchas veces almorzaba y se pasaba el día con ellas. La dedicación de Lydia a Teresa, acompañándola y cuidándola en los tristes momentos de la enfermedad y la muerte fue lo que, según la propia Lydia, motivó el afecto que Gabriela le profesaba: «... su única y noble enfermera, la cubana Lydia Cabrera, que a la hora del desbande de las amistades estaba

* Agradezco muy sinceramente a Lydia Cabrera y Ana Rosa Núñez su gentileza al permitirme publicar dos cartas inéditas de Gabriela Mistral.

¹ Gabriela Mistral, «Dos recados sobre Teresa de la Parra», en *Repertorio Americano*, 26 de septiembre de 1936, p. 161.

con ella y quedaría a su lado hasta las postrimerías»². En efecto, Lydia la acompañó sus últimos cuatro o cinco años, primero en el sanatorio de Leysin, donde al visitarla se quedó, dolida de su soledad, y después en España.

Cuando Gabriela fue trasladada a Lisboa como cónsul de segunda clase, en octubre de 1935, debido al incidente con los españoles de Santiago de Chile, que la acusaron de expresarse mal de España, vio por última vez a Teresa, que murió en abril de 1936 en Madrid, no así a Lydia, a quien siempre trataba de localizar cuando iba a Cuba y a quien volvió a ver varias veces.

El aprecio a Lydia Cabrera por parte de la poetisa chilena no era, sin embargo, producto sólo de su actitud hacia la malograda Teresa de la Parra. Gabriela tenía también por la cuentista cubana un aprecio literario «definitivo y vertical», y en la carta I menciona «su trabajo precioso» y le pide datos para escribir un artículo sobre ella. Datos que, desgraciadamente, Lydia, demasiado modesta y despreocupada de su obra, no le ofreció nunca:

Recuerdo que me echaba en cara porque no me tomaba en serio, y me reñía porque tardaba en publicar en español mi primer libro de cuentos, escritos para entretener a Teresa de la Parra en el Sanatorio de Leysin, y que leyó por casualidad Francis de Miomandre³.

Se refiere a *Contes Nègres de Cuba*, publicados por Gallimard, París, 1936. Se frustró así lo que habría sido un interesante y valioso material para el estudio de su crítica literaria: su «Recado para Lydia Cabrera». Y comprobamos la seriedad con que escribía esos artículos, ya que trata de documentarse sobre la formación intelectual y los escritores que más influyeron en ella.

La carta I, sin fecha ni lugar de procedencia, debe de ser de principios de 1937, tal vez enero o febrero, desde Lisboa, pues hace referencia a la prolongación de un viaje a Alemania y Dinamarca. En noviembre de 1936 la maestra de Elqui marchó a París para asistir a una reunión del Instituto de Cooperación Intelectual, del cual formaba parte. El viaje se extendió a Alemania y a Dinamarca, donde actuaba como ministro plenipotenciario de México su gran amiga Palma Guillén. Duró, según la carta, dos meses. La posdata, indicando que Lydia le escriba a la Legación de Chile en Lisboa, casi confirma que fue escrita desde la capital lusitana.

² Mistral, «Dos recados sobre Teresa de la Parra», en *Repertorio Americano*, p. 162.

³ Lydia Cabrera. Carta a la autora, 2 de mayo de 1978.

Es de notar la preocupación de Gabriela por lo que ella considera un cambio en Lydia. Nuestra Premio Nobel 1945 era un ser muy susceptible e imaginativo, «una vieja con lados niños», como ella dice en la carta, traumatizada por la hostilidad en su niñez y juventud, miembro de una familia reducida en que faltó el padre y que se extinguió antes que ella, y además con muy pocos afectos verdaderos, pese a que muchos acudían atraídos por su fama. Según la autora de *El Monte*, tal mudanza en su aprecio hacia Gabriela sólo existía en la imaginación de ésta, pues, al contrario, siempre le tuvo gran estimación y recibió atenciones suyas: «Pero estoy segura que no estaba 'mudada', pues nunca me disgusté con ella, nunca fue desagradable conmigo, sino todo lo contrario»⁴.

Hay un marcado interés de la poetisa chilena que nos ayuda mucho a conocerla en su perfil humano, en acercarse al alma de sus amigos. Reconoce que de la cubana sólo ha visto su gesto de generosidad y altruismo hacia Teresa, pero hay dos ángulos que le permanecen vedados y que considera indispensables para completar la imagen: las ideas sociales y «lo cubano». Respecto a lo primero, Gabriela no era poeta de un mundo abstracto, ajena a la realidad social, sino todo lo contrario. Sus grandes discusiones con Miguel de Unamuno giraban en torno al indio de América. Le preocupaba también el bienestar del campesino y del obrero, la educación del niño (por algo fue maestra) y el trabajo de la mujer. Creía en la división del trabajo por sexos: que ciertas labores, por su rudeza, eran inapropiadas para la mujer, mientras que otras se avenían mejor a su naturaleza. Dice en la carta I: «Es importante para mí —para un bienhallarme en la conversación y en la amistad— saber este punto de mis amigos»⁵. También está interesada en conocer «lo cubano» de Lydia. No sabemos exactamente a qué se refería la autora de *Desolación*. Lydia Cabrera pertenece a una de las familias más preclaras de la Isla, muy vinculadas a su historia, especialmente por su padre, don Raimundo Cabrera, abogado prestigioso y luchador por la independencia. Por otra parte, en ese concepto escurridizo que es el carácter nacional, es difícil determinar hasta qué punto alguien encaja dentro del molde preconcebido. Algunos logros en el intento de explicarnos o darnos lo cubano están en *Indagación del choteo* de Jorge Mañach, *Estampas de la época* de Eladio Secades y *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante, sin contar las publicaciones humorísticas como *Zig-zag*. Quizá lo que deseaba Gabriela era descubrir cómo se ajustaba su amiga a las ideas que ya se había formado de «lo cubano» y en el cual entraba, seguramente, un especial sentido del humor.

⁴ Carta de Lydia Cabrera a la autora, 2 de mayo de 1978.

En ambas cartas encarga a su corresponsal que salude a don Fernando Ortiz, que ya por esa época se destacaba por sus estudios de la cultura afrocubana y que estuvo casado con una hermana de Lydia, Esther, de 1906 a 1930, año en que ella murió. En la carta I lo llama «arcángel del folklore». Le encantaba el folklore y opinaba que la literatura hispanoamericana debía volverse hacia el folklore de América en vez de utilizar materiales foráneos. Era una de las formas en que concebía el americanismo literario. De ahí sus elogios de Selma Lagerlöf por haber tomado el folklore sueco para sus cuentos y de Federico Mistral por haber estudiado y aprovechado el provenzal.

En la carta I menciona la cancelación de un viaje a Guatemala por haberse enterado de «graves cosas» y de «un sistema de espionaje para los diplomáticos». Gabriela era contraria a las dictaduras (de cualquier tipo) y apreciaba, por sobre todo, como artista al fin, la libertad individual. Por eso le gustaba vivir en Francia y en Estados Unidos. Guatemala se encontraba entonces bajo la dictadura de Jorge Ubico. Le preocupaba, además, la situación de Cuba, que dice no ver clara, e interroga a su amiga. En esa época, principios de 1937, Cuba se hallaba aún convulsionada por el proceso posrevolucionario machadista, y la eliminación de la dictadura en 1933 no significaba en modo alguno la conquista de la democracia y la felicidad nacionales.

Hay otro aspecto de la carta I que es preciso destacar: el autojuicio de Gabriela Mistral, su opinión de sí misma. Lo de ella no era simplemente modestia u objetividad al juzgarse. Descubrimos como una inseguridad, un complejo. Llega a creer que Lydia ha cambiado con ella porque al tratarla más de cerca la ha decepcionado. Y dice: «Cosa que ha ocurrido ya con muchos y con gente de valor: me abultan y me les desinflató de golpe». Muchos años antes, cuando sostenía correspondencia en Chile con el poeta Manuel Magallanes Moure, sin conocerlo personalmente, se muestra temerosa del encuentro, pensando que él pueda desilusionarse:

Alguna vez he pensado en mandarte un retrato mío en que esté parecida (porque el que tú conoces es muy otro) ¡pero eso es ineficaz! Tu imaginación siempre pondría luz en los ojos, gracia en la boca. Y algo más: lo que más ha de disgustarte en mí, eso que la gente llama el *modo* de una persona, no se ve en un retrato. Soy seca, soy dura y soy cortante ⁵.

⁵ Gabriela Mistral, Carta a Manuel Magallanes Moure, núm. XIV, en *Cartas de amor de Gabriela Mistral*, introd. Sergio Fernández Larraín (Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1978), p. 134.

Y más adelante, en la misma carta, añade: «Tú, ¿me querrás fea? Tú, ¿me querrás antipática? Tú, ¿me querrás como soy?»⁶

Nuevamente, ante el temor de defraudar, dice a Lydia: «Yo no soy ninguna maravilla.» Y se autodefine como mal educada, fanática, atrabiliaria y mal corresponsal. Gabriela no se había educado en la ciudad ni pertenecía a una familia importante socialmente, como Teresa de la Parra, Victoria Ocampo, Dulce María Loynaz o la propia Lydia Cabrera, que se desarrollaron siempre en la alta sociedad. Era una mujer de maneras sencillas, campesinas, muy atenta y hospitalaria en su casa y sin nada de mal corresponsal, ya que escribió cientos de cartas a sus amigos, robando así un precioso tiempo a su labor literaria.

Desde joven su salud fue precaria y delicada. En su correspondencia con Eugenio Labarca, Magallanes Moure, Isauro Santelices y otros amigos de su época de maestra en Chile, menciona a menudo que había estado enferma. Su estancia en Punta Arenas, en el extremo sur de su país, de 1918 a 1919, la enfermó de artritis, debido al frío, la nieve y la humedad de esa región austral. La altura de la meseta mexicana tampoco le fue favorable, y al llegar a los Estados Unidos, en 1924, procedente de México, su médico le diagnosticó trastornos cardíacos y le prohibió la altura. Es por eso, además de los problemas políticos, que no quiere arriesgarse a los 1.500 metros de Guatemala. También, según la carta II, le hacía daño el calor habanero. Años después, desde Rapallo, Italia, y con su preocupación por la salud de Juan Ramón Jiménez, escribe a Zenobia: «Recuerdo haber oído en Cuba que el calor antillano daña a los cardíacos y a los hepáticos. Pero yo sufro tanto del calor como del frío grande. El invierno actualmente ha quitado mucho de mi fuerza, que es poca»⁷.

Contra lo que pudiera pensarse, Gabriela no tomó sus cargos consulares o diplomáticos como un regalo económico de su gobierno. No sólo cumplía con su trabajo, sino que se le exigía mucho, quizá demasiado, como ella comenta en la carta I: ¡Cónsul, comisionado y conferencista en cinco países!

La carta II, igualmente sin fechar, está escrita en papel timbrado del Hotel Vedado. Seguramente es de octubre de 1938, cuando estuvo en Cuba como parte de un recorrido por Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Perú y Estados Unidos, dando conferencias. En La Habana recibió el

⁶ Mistral, Carta a Manuel Magallanes Moure, núm. xiv, p. 135.

⁷ Mistral, Carta a Zenobia Jiménez, núm. iv, en *Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez*, Nota prólogo de Julio Rodríguez Luis (México: Ediciones de La Torre 1961), p. 16.

homenaje de la ciudad en un hermoso acto literario-musical y dio una conferencia sobre *Los Versos Sencillos* de José Martí. En esa breve carta muestra su interés en conversar largo con Lydia. Pocas veces pudieron lograrlo después de los días en Madrid, en 1935, porque, según Lydia, cuando Gabriela visitaba La Habana «estaba siempre ocupada. yo hacía una vida como de costumbre, muy aislada, y supe por ella que había tenido algunos disgustos»⁸. Los disgustos mayores los pasó en 1953, cuando asistió al centenario del nacimiento de Martí, y tuvieron relación con el clima político del país (O.A.J.).

CARTAS DE GABRIELA MISTRAL

I

Cara Lydia: No le escribí a N. York. Mi viaje resultó más largo de lo que yo pensaba: dos meses, porque pasé a Alemania y a Dinamarca. Y hubo el ajeteo de siempre. La he andado trayendo muy presente: tan mudada la hallé conmigo que he repasado nuestras conversaciones, las de antes y las de ahora, buscando una razón a ese trueque. No he encontrado falta mía, Lydia: yo le he tenido a Ud., desde que conocí su escritura, un aprecio literario definitivo y vertical. En lo que toca a la persona, creo que la conozco poco todavía. Hay una lonja suya —lo cubano— que no me sé, que me queda un poco como material por masticar. Pero le conocí su rebasada nobleza hacia nuestra muerta, y eso, bien visto y palpado, no lo olvidaré nunca. Me queda también por esclarecer en Ud. —para mí— su posición en ideas sociales. Algún día será. Es importante para mí —para un bienhallarme en la conversación y la amistad— saber este punto de mis amigos. Es todo, Lydia.—Le repito que la miré y la sentí cambiada conmigo. O es su dolor que Ud. guarda con el pudor de los orgullosos y que la hace lejana de las gentes, o es, sencillamente —yo soy soberbia y no vanidosa— que yo la decepcioné de mí. Cosa que ha ocurrido ya con muchos y con gente de valor: me abultan y me les desinflató de golpe. Yo no soy ninguna maravilla, sino una vieja con lados niños, mal educada, no poco fanática en varias cosas, tal vez atrabiliaria y mal corresponsal, porque apenas escribo cartas. Nos dé Dios, Lydia, tiempo y ocasión de tratarnos. Quizás a nuestra Teresa le gustaría —donde esté— vernos cordiales y fraternas.

No fui, al fin, a Guatemala. Supe largas y *graves* cosas de allá: una tensión con México y un sistema de espionaje para los diplomáticos que me habrían hecho la vida harto fastidiosa. Y yo iba a ir a probar otra vez mi salud con 1,500 m. de altura. Y a aceptar esta combinación absurda de obligac.

⁸ Carta de Lydia Cabrera a la autora, 27 de enero de 1978.

[iones]: Cónsul en Port.[ugal], como Encargado de Negocios, comisionado en Guatem.[ala] y, por 6 meses, conferencista en ¡5 países de la Am.![éri-ca] Mis fuerzas son muy volubles. Este viaje descansado y cómodo me las ha comido y aquí estoy de vuelta, salida de una grippe, sin gota de energía (no veo el sol hace 1 mes) y con una dieta de viejo Rockefeller! Les he dicho que quiero quedar en Port.[ugal] y que iré a 3 países, tal vez Brasil, Venezuela y Panamá! Es muy probable que pase por su Isla y que nos veamos, Lydia. En todo caso me parece más factible que nos veamos en Europa.

¿Cómo halló Ud. Cuba? Yo no logro aún ver eso claro. Le deseo alegría, y avicinamiento con los suyos, aunque sea la aceptación conjunta de lo que agrada con lo que no agrada. Y le deseo, sobre todo, paz para trabajar y gozo sacado de su trabajo precioso, Lydia, que precioso es.

Le repito que necesito datos suyos para ese artículo. Su formación, sus escritores guías, y lo que quiera decirme de Ud.

Y no sigo porque estoy muy débil y no me dejan garabatear largo.

Un abrazo, Lydia, y que nos veamos en claro y que nos acompañemos en este mundo tan duro y hoy en tormenta pura.

GABRIELA

P. D.—Escríbame a Legac.[ión] de Chile, Lisboa; estoy reemplazando al Min.[istro]

— Finos saludos a D. Fernando Ortiz, Arcángel del folklore!

II

Cara Lydia: Anoche, cuando llegamos, era ya muy tarde para hablar por teléfono.

Y hoy, a las 7, salimos para Varadero. Vuelvo el miércoles en la mañana.

Me da Ud. una sorpresa grande y feliz con saberla de regreso. Me había apenado no verla en su tierra.

El calor me agobia mucho aquí. Y parece que me iré antes de lo que pensaba.

Hasta el miércoles, cara Lydia. Mucho hay que conversar, mucho!

Salúdeme con respetuoso cariño a D. Fernando.

Un abrazo

GABRIELA

Cara Lydia: No le escribí a N. York. Mi viaje resultó más largo de lo que yo pensaba: dos meses siempre paré a Alemania y a Dinamarca. Y tubo el ajeteo que de siempre. La he andado tra-
yendo muy presente: tan mu-
dada la hallé cuando me he
reparado, mientras que cuando
antes, las de antes y las de
ahora, buscando una razón
a este viaje. No he encontrado
de falta nada, Lydia: Yo le
he tenido a gota, desde que me
cayó su escritura, un aprecio
literario de finitismo y per-
tural. En lo que toca a la per-
sona, creo que la conozco
por el trabajo. Hay una tra-
za suya - lo cubro - pero
me sé, que me queda un po-
co como material por mo-
tivar. Pero le creo a su
retorica no le falta hacia me-
ta humana, y eso, bien visto
y palpado, no lo olvidare mu-
cho. Me queda también por
esclarecer en Ud. - para mi-
ta posición en ideas socia-
les. Algún día sera. Y un-

2. Por tanto para mí - para un
 bien ha llárame en la corner
 saciis y la amistad - haber
 este punto de mis amig
 y todo, hydia. - le repite
 que la miñe y la senti' cam
 biada curriñe. O es fu dolo
 que mt. pranta con el puer
 de los asfollus y que la hace
 lejana de las fentes, o es, ten
 ciclamente - y o soy soberbia
 y es vanidosa - que yo la
 decepcioné de mí. Esa fue
 ha ocurrido ya con muchos
 y con fente de valor: me abí
 Fay y me leo desimulo de
 sope. y no soy ninguna un
 ranielg, sino una vieja
 con las mims, maledue
 da, que no pree fanática
 en varias cosas, tal vez o
 trahiliaria y mal como
 pusal, pero que apenas es
 cito cartas. No de Dios
 hydia, tiempo y ocasión
 de tratarme. Amigas a
 cuestia vea le pstante
 puede este - nervos con
 los y paternas.

3/ No fui, al fin, a Guatemala
 fue laifas y haaret cosas de
 allá: una ~~reunión~~ con
 Metico y un sistema de
 espionaje para los diplo-
 máticos que me habían
 hecho la vida hasta fastidi-
 sa. I going a ir a piechar
 otra vez mi salud con 1400
 m. de altunq. La aceptación
 esta combinación absurda
 de obligac.: Consul en Por-
 to, con invitación en Guatem.
 71 per 6 m. de ~~reunión~~ conferencia.
 Cista en 15 países de la Am.
 Mis pasajes son muy volubles
 este viaje de excursión
 como me las ha con-
 y aquí estoy de vuelta, valid
 de una supple, sin falta de
 energía (no ver el sol hace
 1 mes) y con una dieta de
 viej Proctefeller! Les he
 dicho que quiero quedar en
 Port. y que iré a 3 países,
 tal vez Brasil, Venezuela y
 Panama. Es muy probable
 que pase por su. Talá 7 me un
 meamun, hydig. Bu. Forb. 1920
 me parece mas factible,

4/ que un veamos en Europa
 5/ Como tallo en Cuba?
 7/ no lo sé aun, ver eso dar
 le deseo alegría, y a ver si
 to con los suyos, a ver si se
 si la aceptación con punto
 de lo que apada con lo que no
 apada. 2 le deseo, si he
 papana trabaja y foz, la
 caso de su trabajo, preciso
 Lydia, me preciso es
 le repito me necesitan
 datos suyos para ese arti-
 culo. Su formación, sus
 escrituras finas, y lo que
 pienso decirme de as
 2 no sé, por pre está
 muy delirio y no me dejan
 trabajar la foz.

Un abrazo, Lydia, y que
 un veamos en claro y que
 un acompañarnos en
 este mundo tan duro y
 hoy en tormenta pura.

P.D. - Recibame a (aliente)
 Legac. de Chile, Lisboa,
 en su reemplazo al día.